

FILMS DE AMOR

LA NOCHE PASA



NÚM.
185

25
CTS

HILEEN PRINGLE - HUGH TREVOR

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
CALLE VALENCIA, 284 - APARTADO 707
Sociedad General Española de Librería

BARBARÁ, 16

BARCELONA



AÑO V

Núm. 185

LA NOCHE PASA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título

Versión novelesca de E. MOLDES

Comedia deportiva de

RADIO PICTURES

REPARTO

Doris	AILEEN PRINGLE
Bobby	HUGH TREVOR
Paula Varnoff	Dorothy Gulliver

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

En el campo particular de entrenamiento del campeón de boxeo Bobby Murray, reinaba bastante animación. Periodistas, "amateurs", profesionales de la apuesta, rodeaban a Huffy, un mocetón contratado por Bobby para servirle de "punching-ball". Le tiraban de la lengua. Procuraban sonsacarle respecto al estado del campeón. Se comprendía que Huffy hablaría hasta por los codos, pero contenía su lengua la proximidad del "bungalow" que servía de residencia al boxeador, y desde cuyas ventanas podría oírse alguna palabra indiscreta.

A las preguntas de los interesados, se limitaba a contestar, manoseándose la mandíbula:

—¡Buen "punch" el de Bobby! ¡Lo sé por experiencia!

Pasó por cerca del grupo uno de los ayudantes del pugilista, y viendo a Huffy tan acompañado, le gritó al pasar:

—¡Cuidado, Hurry! Si quieres conservar el empleo, dale un punto a la lengua.

El lector habrá adivinado que Bobby Murray estaba en vísperas de un combate importante. La curiosidad que le rodeaba y las precauciones adoptadas por sus sirvientes, así lo confirmaban.

En efecto, Bobby, bajo la dirección de su padre, que era al mismo tiempo su "manager", se disponía a luchar dentro de unos días con un rival, o varios rivales, de cierto prestigio. Nada hacía temer que perdiese su título de campeón. Pero, a veces, cuando menos se piensa...

Se presentó en el gran patio donde se hallaba el grupo de curiosos, el periodista Durham, crítico de boxeo, tan renombrado por sus conocimientos como por su integridad, y al verle, Huffy le salió al encuentro.

—¡Buen suelto escribió usted! Cuando el viejo lo lea, saltará.

—¿A quién te refieres, a Tom?

—¡Naturalmente! ¿Y sabe usted por qué? Porque pone usted por las nubes al adversario, y de rechazo pone en ridículo a Bobby, al dudar de su victoria... ¡Yo le creía a usted un buen amigo de los Murray!

—El ser amigo de los Murray no me obliga a ocultarles la verdad... ni al hijo, ni al padre.

Y sin escuchar nuevas palabras de Huffy, le volvió la espalda y se entró en la casa.

En su interior, le complació presenciar una escena dulcemente familiar. Tom Murray, enjuto, apergaminado, con un gesto que expresaba nobleza, energía y bondad, hallábase sentado en el sofá al lado de su hijo Bobby, pasándole un brazo por los hombros, como dos buenos amigos. A los pies de ambos, sentada a la turca en un cojín, Doris leía un periódico: precisamente, el artículo de Durham que Huffy acababa de comentar.

Doris no era hermana de Bobby Murray, aunque como hermanos se hubiesen querido hasta entonces. Era hija única de un antiguo amigo de Tom, y a su muerte, el padre del boxeador la recogió y se la llevó a su casa, creciendo, desde entonces, al lado de Bobby.

Hemos dicho que les unía un cariño de hermanos, y no es verdad más que a medias. Era así el cariño de Bobby por Doris; pero no el de la joven por él, pues, poco a poco, sin ella advertirlo siquiera, aquel sentimiento reposado y tranquilo, se había ido convirtiendo en amor; un amor que Doris escondía en su pecho como una vergüenza.

Cuando Durham apareció en la puerta, Tom acababa de escuchar las últimas palabras de su artículo. Y le faltó tiempo, al verle, para cogerle de un brazo y llevárselo al

jardín, a fin de discutir sin testigos un tema tan trascendental para él.

Juntos quedaron en la pieza Doris y Bobby. Ella, sonriente; él, pensativo.

—¡Cualquiera diría que estás enamorado, Bobby!

—¿Y si lo estuviese?

—¿Lo estás?

—Sí.

—¿Es de esa mujer que alquiló la casa de la colina, verdad?

—Exactamente.

—Si esa mujer te quisiese de veras, se alegraría de ti hasta después del combate.

—¡Tú no sabes lo qué es amor, Doris!

—Es cierto; no lo sé.

Y la muchacha, para ocultar unas lágrimas inoportunas que le asomaban a los ojos, se puso a calzar los guantes de entrenamiento al buen mozo. Después de una pausa, le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Paula... Paula Varnoff.

Otro silencio. Puestos ya los guantes, el boxeador, por juego, golpeó con ellos suavemente el rostro de Doris. Y Doris, que estaba en un momento sentimental, rompió a llorar. Bobby quedóse primero desconcertado; después, pesaroso. Se acercó a ella, que se había arrimado a la pared, volviéndole la espalda, para llorar más cómodamente.

—Perdóname, Doris... por nada del mundo quisiera hacerte daño... Comprende... Estoy enamorado, y un hombre enamorado no sabe lo que hace...

Los sollozos de Doris aumentaron,

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

■ ■	No deje de leer la	■ ■
■ ■	fantasía más gran-	■ ■
■ ■	de que ha creado	■ ■
■ ■	la imaginación hu-	■ ■
■ ■	mana. ==	■ ■

El Zeppelin Perdido

Por Virginia Valli y Conway Tearle

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

giblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídaos hoy mismo
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

II

Bobby Murray se despojó del albornoz y subió al "ring", instalado en el patio de su "bungalow". Huffy le esperaba ya allí, bien protegido el rostro por la máscara de cuero. Mientras el campeón hacía flexiones con las piernas, agarrándose a las cuerdas, su sirviente se le acercó y le dijo en voz baja:

—Oye, Bobby, la muchacha de la colina ha telefoneado preguntando por ti. Dice que te espera esta tarde, en el sitio de costumbre.

—Gracias, Huffy—respondi Murray en el mismo tono.

No hablaron más. Tom Murray estaba allí, al lado del "ring", y no convenía que se enterase. Le acompañaba Syd Durham, el crítico de boxeo, su mejor amigo.

Se pusieron a luchar los dos hombres. Bobby no hacía más que señalar los golpes, que Huffy esquivaba hábilmente. Algunas veces, sin embargo, un "uppercut" bien marcado hacía vacilar al mocetón.

Tom le preguntó al periodista:

—¿Qué te parece, Syd?

—No está mal... Pero, si quieres que te hable con franqueza, creo que pegaba mejor antes.

Terminó la sesión de entrenamiento. Y Bobby, sin hacer caso de los curiosos que habían ido a verle, se introdujo a toda prisa en la casa. Unos momentos después estaba vestido, y subiendo a su "roadster", se encaminó al bosquecillo de la colina.

Allí le esperaba Paula Varnoff. Era una mujer hermosa y elegante. Ese tipo cosmopolita de aventurera habituada a viajar en "sleepings" y a hospedarse en los grandes "palaces" de todo el mundo. Se comprendía perfectamente que el joven boxeador, sencillo e incauto fuera del "ring", hubiese quedado preso en sus redes de seducción.

Unos momentos estuvieron juntos. Sólo unos momentos. Bobby tenía prisa por volver al "bungalow" antes que fuese notada su ausencia. Estaba en pleno entrenamiento, y su padre, que velaba por él, no le consentiría que pusiese en peligro su victoria por lo que él llamaba despectivamente "tonterías".

Apenas se hubo quedado sola, Paula se dirigió al "chalet" cercano al bosquecillo, que hacía algunas semanas había alquilado. Un hombre había allí: Zelli, muy conocido en el mundo pugilístico por sus negocios, no

siempre limpios, y sus apuestas atrevidas, que casi siempre multiplicaban su dinero.

Sonó el timbre del teléfono, y Paula cogió el auricular. Oyó la voz de Huffy, que le decía:

—¿Ha ido Bobby ya?... Yo le dí su recado.

—Sí, Huffy, ya ha venido. Gracias... Esta noche está usted invitado a la fiesta que doy en mi casa.

—Se agradece, Paula... ¿Está Zelli ahí?

—Sí, aquí está.

—Dígale que se ponga al aparato, ¿quiere?

Unos segundos después el auricular vertía en el oído de Zelli estas palabras de Huffy:

—¿Quién le ha dicho que el campeón estaba agotado, Zelli? ¡Menudo directo acaba de soltarme! Si Mac Cabe recibe uno igual, queda fuera de combate.

—Eso ya lo veremos, Huffy... ¡Hasta la vista!

Colgó el aparato y se volvió hacia Paula:

—¿Por qué le has invitado? Si Bobby le ve, puede sospechar.

—Al contrario; le haré creer a Bobby que le he invitado, junto con otros amigos suyos, para que se sienta aquí tan a gusto como en su casa.

—¿Vendrá hoy a verte?

—Ha venido ya.

—¿Pero, volverá?

—Sí; quedó en venir a las cinco, si podía hacer otra escapatoria.

—Entonces, invítale a la fiesta de esta noche... y déjame el resto a mí.

—Pero, Zelli... ¿no es un poco cruel lo que piensas hacer?

—¿Acaso le quieres?

—Ya sabes que a quien quiero es a ti.

—Entonces, secúndame y déjame a mí la iniciativa... ¡Qué lejos están todos de sospechar que el gran Bobby Murray va a vender su campeonato!

III

—¿Está usted orgullosa de Bobby, verdad?

Era Syd Durham el que hablaba. Se dirigía a Doris, que, con él, con Tom y con los otros invitados, permanecía en el patio, sin que ninguno de ellos hubiese advertido la "fuga" del boxeador.

Ella contestó con entusiasmo:

—Sí, muy orgullosa.

—Me parece que Tom me dijo que se quieren ustedes.

—No pudo haberle dicho eso—replicó la muchacha con tristeza—; Bobby sólo ve en mí una hermana...

—¿Y usted?

—¡Oh!, lo que pienso yo no importa.

Hubo una pausa. Durham contemplaba a la joven con algo de piedad disimulada, como si hubiera leído en sus ojos su secreto.

—Dígame—le preguntó al fin—, ¿quién es esa mujer que vive en la casa de la colina?

—No lo sé—replicó Doris secamente.

En aquel momento, Bobby, de regreso de su breve excursión, entraba en el "bungalow" por la puertecita trasera. Nadie le había visto entrar, como nadie le había visto salir; tan rápida había sido la escapatoria. En la salita que ya conocemos estaba su padre, leyendo un periódico. Tuvo el boxeador la precaución de penetrar en la pieza, como si viniese, no de la calle, sino de las habitaciones interiores de la casa, y apareció abrochándose la americana, cual si acabase de vestirse.

Tom le acogió seriamente y le hizo sentarse a su lado, en el sofá. Cuando lo tuvo allí, le pasó un brazo por los hombros, según su costumbre, y le dijo con acento severo, pero dulce al mismo tiempo:

—Hasta ahora, Bobby, tú y yo éramos lo más sano del boxeo.

—¿Y no seguimos siéndolo, papá?

—No sé, no sé... A ti te pasa algo extraño; no pegas como pegabas antes... Y yo, que soy tu padre y tu "manager", quisiera saber qué es lo que te resta fuerza y resolución.

—¿Qué quieres que sea, papá! No me pasa nada, absolutamente nada.

—¡Ojalá sea así!

—¿No me crees?

—Sí; te creo... Sé que nunca harás nada reprochable. Tengo tanta fe en ti, que aunque para todos fueses culpable de un delito cual-

quiera, para mí no lo serías... Mi único deseo es seguir siendo tu amigo... y saberte feliz.

—Pero, ¿por qué me hablas así, papá?

—¡Oh, por nada! Son... malos pensamientos... Mira, muchacho: en el "ring", defiéndete tú solo; pero si en la vida alguien te molesta, llámame a mí.

—Te lo agradezco, papá; pero en el "ring" y en la vida, yo me basto para defenderme... y aun para defenderte a ti.

Le tendió la mano; su mano grande y fuerte de boxeador.

—¿Quedamos amigos, eh?

—¡Siempre amigos, Bobby! — respondió Tom, apretando con sus dos manos la diestra de su hijo.

IV

Las cinco menos diez. En el jardín trasero del "bungalow" se hallaban, comentando las probabilidades de Bobby, su padre, el periodista Durham y Doris.

De pronto, el pugilista salió de la casa. Vió allí a las tres personas y su rostro expresó una gran contrariedad.

Saludó ligeramente y subió al coche. Antes de que éste se pudiese en marcha, Tom se le acercó.

—¿A dónde vas tan solo, Bobby?

—Por ahí... a dar un paseo...

—¿Por qué no llevas a Doris contigo?

—Es la soledad lo que voy buscando, papá.

Y sin añadir una palabra, Bobby apretó el acelerador y el auto voló hacia la carretera. Tom Murray crispó los puños y se encaró con Durham:

—¡Te lo digo como lo siento, Syd; si tuviese otro hijo, por nada del mundo sería su "manager"!

El periodista se echó a reír. Luego, viendo que Doris se alejaba tristemente hacia la casa, le dijo a Tom:

—En la vida de Bobby hay una mujer...

y una mujer peligrosa. Se llama Paula Varnoff. Yo la conozco... Esta noche iré a sondearla.

Mientras tanto, Bobby y Paula conjugaban el verbo amar sentados en una roca del bosquecillo.

—¿De modo que mañana es el gran "match"?—preguntó Paula.

—Sí, mañana.

—Solo tres semanas hace que nos conocemos, Bobby, y parece que ha sido toda la vida... ¡Y pensar que mañana, después del combate, quizá no volvamos a vernos nunca más!...

—¿Por qué, Paula?

—Porque yo soy un obstáculo para tu porvenir.

—¡No, eso no! Sin ti no podría vivir... Si quiero la victoria, es sólo para ofrecértela a ti.

—Te creo, Bobby; pero mi deber es sacrificarme... Dime, ¿serías capaz de hacer algo por mí?

—¡Todo!

—¿Entonces, vendrás a verme esta noche?

—Me pides un imposible, Paula... Esta noche tengo que acostarme temprano. Pienso que mañana he de luchar por mantener el campeonato.

—¡Es verdad!... Olvidaba que un boxeador no es dueño de su persona.

V

La fiesta de Paula Varnoff empezaba de modo tan alegre y bullicioso, que no era difícil adivinar cómo terminaría. En la casa de la colina no existía la ley seca. Los licores corrían en abundancia, remojando sólidas gargantas de boxeadores y aficionados al boxeo, y delicadas laringes de muñequitas habituadas a los baños de sol.

Cuando se acercaba la hora en que el boxeador debía llegar, Zelli reunió a sus adictos, entre los que figuraba Huffy, el sirviente del campeón, y les dijo:

—Ya sabéis de lo que se trata. Cuando Bobby venga, procurad por todos los medios que beba abundantemente, y así lo inutilizaremos para el combate de mañana. Y nosotros seguros de su fracaso, apostaremos por Mac Cabe.

—¿Y si, a pesar de todo, vence Murray?— preguntó Huffy.

—No vencerá.

Y señalando el bolsillo interior de su "smoking", añadió:



...le obligaron a beber copa tras copa.

—Le espera un cheque por el doble de la suma que ganaría si venciese.

—¿Se lo va a dar usted esta noche?

—Sí.

—Pero él puede cobrarlo mañana por la mañana, antes del combate, y después burlarnos a todos.

—Eso está previsto ya... El cheque está a nombre de él y de Paula; por lo tanto, sin la firma de ella no puede cobrarlo.

Estaban, pues, bien cogidos todos los puntos; no había más que hacer que esperar la llegada del campeón. Y el campeón llegó. Y cuando Paula salió a recibirle, recogió de sus labios toda su sorpresa:

—Pero... tú me habías dicho que viniese a verte a ti... No podía imaginarme que estuvieses de fiesta...

—¿Te parece mal?

—No. Estás en tu casa y eres dueña de hacer lo que quieras... Pero yo me voy... mañana es el combate...

—¡Ingrato!... ¡Después que he organizado esta fiesta por ti!... Mira, mira... ahí dentro están Huffy y todos tus amigos...

No hubo salvación para él. La tentación era irresistible. Paula, Zelli, Huffy, las muchachas y los muchachos que allí había, le acapararon, le obligaron a beber copa tras copa de veneno, y unos minutos después el boxeador se sentía en el mejor de los mundos.

Cuando el periodista Syd Durham llamó a la puerta de la casa, no le costó trabajo a Zelli conseguir que el pugilista fuese escondido en las habitaciones interiores, mientras él iba a abrir. Y así, Durham, sin poder confirmar sus sospechas de que el muchacho estaba allí, tuvo que retirarse por donde había venido.

En un gabinete de la casa, Bobby, completamente ebrio, increpaba a Paula, que le acompañaba:

—¡Yo sé que te estás burlando de mí! ¡Esos hombres... y sobre todo ese Zelli! ¿Cómo quieres que no sienta celos?

—Comprende que me estás ofendiendo, Bobby.

—¡Es verdad! Perdóname... no sé lo que digo... estoy nervioso, estoy loco... ¿Por qué no te casas conmigo, Paula?

—Para casarse, Bobby, se necesita dinero...

—¡Lo tendremos! Si venzo en este combate, y es seguro que venceré, me embolsaré cincuenta mil dólares.

—No es tu dinero lo que me interesa.

—A veces, Paula, me pregunto si me querías lo mismo si perdiese.

—¡Ojalá perdieses!—respondió la mundana, preparando el terreno a su cómplice—. Entonces serías solamente mío, y no de todo el mundo.

Se besaron. Y juntos estaban sus labios, cuando se abrió la puerta del gabinete y entró Zelli.

—Perdón, si molesto—dijo al entrar.

Paula se separó de Bobby y se acercó a él.

—Estábamos hablando de matrimonio.

El boxeador seguía sentado, sin fuerzas para levantarse. Cuanto acontecía a su alrededor lo entreveía como a través de un denso velo, en cuya visión las figuras y los hechos tenían vaguedad de sombras. Zelli fué a sentarse a su lado.

—¿Con qué piensan ustedes casarse?

—Sí... pero nos falta el dinero...

—¿Dinero?... Si es lo que menos cuesta conseguir.

—¡Hombre!... Explíquese usted, porque eso es interesante.

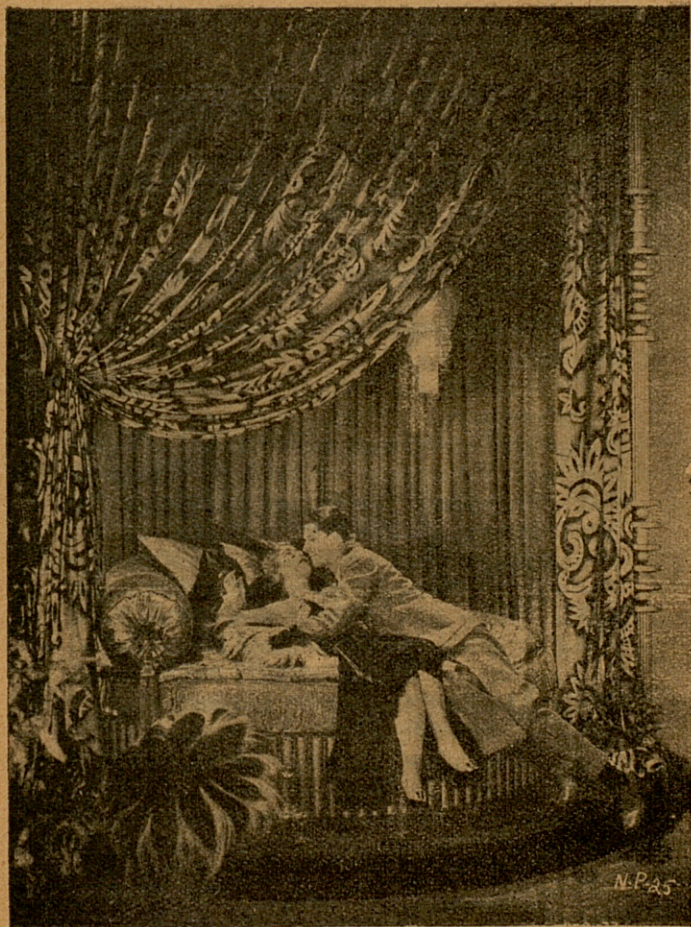
—Si usted supiese que mañana vencería, no tendría más que apostar por sí mismo para ganar todo el dinero que quisiese, ¿no es verdad?

—Verdad es...

—Pero no lo sabe con seguridad...

—¡Sí, lo sé! ¡No puedo perder!

—Esas son ilusiones, que muchas veces destruye la realidad. Ni usted, ni nadie, puede hacer pronósticos en este caso... En cambio, si va a perder, puede saberlo con seguridad y con anterioridad.



...se besaron y juntos estaban sus labios...

—No entiendo bien lo que quiere usted decirme...

—Hablemos sin rodeos. Ustedes se quieren, muchachos. Yo estoy dispuesto a darles un cheque de cien mil dólares, a nombre de los dos, con una sola condición...

—¿Cuál?—preguntó Paula haciéndose de nuevas.

—Que Bobby se deje vencer en el combate de mañana.

El boxeador dió un salto, como impelido por un resorte.

—¡Usted me ha confundido, Zelli!... Yo estaré borracho... pero soy un hombre honrado... ¿lo oye usted?... *Hon-ra-do*... ¡algo que usted desconoce!... ¡En mi casa la honradez es una religión!...

—No se exalte, joven, no se exalte... Lo que le ofrezco es la felicidad para toda la vida.

—¡No la quiero! ¡La felicidad a ese precio no la quiero!... Si aceptase, no me atrevería a volver a mirar a mi padre a la cara.

—Sea razonable, Bobby. Piense en su situación... Está usted en un estado de embriaguez, del que no puede reponerse de aquí a mañana. ¡Está vencido de antemano!

—Si estoy vencido, ¿por qué me ofrece dinero?

—Para asegurarme más.

Y viendo que el mozo le volvía la espalda, como dando por terminada la conversación,

extrajo de su bolsillo la cartera, de la cartera el cheque, ya extendido, y lo puso en manos de su cómplice, diciéndole:

—Paula, le dejo a usted el cheque, por si Bobby cambia de pensamiento.

Salió Zelli, y Paula, gran actriz, fingió llorar con desconsuelo. Bobby estaba perdido. Por contener aquellas lágrimas lo haría todo. Prometió cuanto la mundana quiso que prometiese. Juró que se dejaría vencer con tal que ella no llorase más...

Y en aquel momento llamaron a la puerta de la calle. Eran el periodista Syd Durham y Tom Murray, el padre de Bobby. Nadie pudo detenerles. Tom había descubierto que su hijo había salido, y tenía la seguridad absoluta de encontrarle allí. De pie en medio de la sala donde se desarrollaba la fiesta, con el sombrero puesto, gritó:

—¡O me devuelven ustedes a mi hijo, o esta fiesta acaba en drama!

Como respondiendo a su llamamiento desesperado, Bobby se presentó. ¡Pero en qué estado! Casi no reconoció a su padre, ni a Durham. Los vapores del alcohol nublaban su vista, hacían vacilar sus piernas... Tom lo recogió en sus brazos, y con una voz vibrante de cólera gritó a todos los que le rodeaban:

—¡Miserables! ¡Ustedes quieren que mi hijo pierda el combate! ¡Ustedes se figuran que pueden impunemente anular a un boxeador

la víspera de su triunfo! ¡Pero no se saldrán con la suya!

Como un fardo fué Bobby conducido al coche que esperaba a la puerta. Y unos momentos después estaba tendido en el sofá de su "bungalow". Doris corrió a atenderle; le puso en la frente paños empapados de agua fresca. Al mismo tiempo le decía con angustia:

—Bobby, Bobby... ¿qué ha sucedido?... Soy yo... Doris, que te ama...

Pero él no la escuchaba.

Al fin abrió los ojos. Se incorporó. Vió frente a él, en vez de la carita dulce de Doris, el rostro severo de su padre. La muchacha, a un gesto de Tom, había pasado a segundo término.

—¡Pronto has celebrado tu victoria! ¡Con tal que no sea tu derrota!...

Bobby no contestó. Hundió la cabeza entre sus manos. Y Doris se le acercó y le pasó sus brazos por los hombros.

—Vete a dormir, Bobby... Mañana estarás mejor...

—¡Obedece a Doris!—ordenó su padre.

Y el pugilista, dócil como un niño, se levantó con pesadez y, tambaleándose, se dirigió a su alcoba. Al pasar por el lado de Tom, le golpeó suavemente la espalda, al mismo tiempo que le decía:

—No te inquietes, papá... ¡Venceré!

Tom y Durham le vieron salir, sostenido por Doris. Y el periodista dijo:

—Es fuerte. Mañana por la mañana estará bien.

—¡Dios te oiga, Syd!

—Naturalmente, mi periódico no hablará de este ligero incidente... Tranquilízate, Murray; no ha pasado nada. Unas copas de matorratas no anulan un campeón.

VI

A la noche siguiente. En el gran local, al aire libre, donde había de celebrarse el combate tan esperado por la afición. Estaban ya colmadas las localidades interiores, pero faltaban por llenar las sillas del "ring". Sus ocupantes saboreaban sin duda el placer de la sobremesa, sin prisa por acudir a presenciar los combates preliminares, que se iban desarrollando entre la indiferencia del público.

Bobby Murray, asistido por sus sirvientes, se "vestía" para salir al "ring". En la habitación contigua, su padre fumaba un cigarro, nerviosamente. Se abrió la puerta y llegó junto a él su amigo Syd Durham. Venía pálido, descompuesto. Tom le preguntó con ansiedad:

—¿Qué sucede?

—¡Lo peor que podía sucedernos! ¡Bobby va a dejarse vencer!... por cien billetes grandes que le dará Zelli...

Tom saltó como un tigre sobre el periodista, y sus manos fueron garras sobre las solapas de Durham.

—¡Es mentira! ¡Eso es mentira!

—Ante todo, Tom, recuerda nuestra amistad... Acabo de oírlo en los pasillos. Si lo du-



das, en los bolsillos de sus pantalones encontrarás el cheque.

E impaciente por dar a su amigo la prueba de su acusación, el mismo Durham se introdujo sigilosamente en el cuarto de Bobby y cogió los pantalones, que estaban colgados detrás de la puerta. Febrilmente registró Tom los bolsillos, y su mano mostró triunfalmente una moneda de plata.

—¿Lo ves como es mentira? ¡Sólo un dólar! ¡No tiene más que un dólar!

Pero Durham no se dejó convencer. Registró él. Y en un bolsillo pequeño del pantalón, donde el púgil guardaba su reloj, halló, doblado, el cheque de Zelli.

Sintió Tom punzante, cruel, el dolor de su desengaño. ¿Así su hijo era un traidor? ¿Para eso le había él educado en su escuela de honradez, de virtud, de caballerosidad?

Entró en el cuarto de Bobby y gritó desde la puerta a los sirvientes:

—¡Fuera todos!

Los siguió con la mirada hasta verlos desaparecer, y después se dirigió hacia su hijo, lentamente, fríamente. En su mano derecha llevaba, arrugado, el cheque de Zelli: los dineros de Judas.

—¿No tienes nada que decirme?

—¿A qué te refieres?—preguntó Bobby a su vez, palideciendo.

—¡Lo sabes! ¡Te vendiste a Zelli! ¡Por cien mil dólares!

—¡No es verdad!

—¡Me lo dijo Syd, y Syd no miente! ¡Aquí está el cheque de Zelli... a nombre de Paula Varnoff y Bobby Murray!

Recordó el pugilista. Como entre brumas de sueño volvió a ver la escena de la casa de la colina, cuando Zelli le ofreció su protección a cambio de su derrota. Pero él no había aceptado; estaba seguro de ello. ¿Cómo entonces el cheque había sido encontrado en sus bolsillos?... Y de repente se hizo la luz en su cerebro... ¡Todo aquello era obra de Paula! No podía ser de otro modo... ¿Cómo él no lo había comprendido que la Varnoff era solamente un instrumento en manos de Zelli?

Trató de convencer a su padre; le rogó que creyese en la sinceridad de sus palabras. Pero Tom le respondió acremente:

—¡Que te crea!... ¡Después que has destruido la fe que yo había puesto en ti!

—Te aseguro, papá...

—¡Basta! ¡Lo único que tengo que decirte es que para mí has muerto! ¡Y ahí va mi última orden: esta noche no saldrás al "ring"!

—¡No puedo quedarme aquí! ¡Saldré... aunque tenga que desobedecerte!

—¡No saldrás al "ring"! ¡Yo te lo impediré; si es preciso, por la fuerza!

Un portazo, y Tom Murray desapareció de

la vista de su hijo. Su presencia fué substituída por la de Doris, que, como en todos los combates, venía a desearle buena suerte un poco antes de empezar.

Bobby sintió la necesidad de confiarle a ella sus contrariedades.

—¡Soy un borracho y un miserable, Doris!... Y ahora que lo sé, ¿qué es lo que puedo hacer?...

—Pero ¿qué quieres decir?

—¿Entonces no lo sabes aún?... ¡Iba a dejarme vencer! ¡Me había vendido por dinero! ¡Pero voy a luchar contra mí mismo! ¡Se acabaron Zelli y esa mujer!...

—¡Así, Bobby, así quiero verte!

—¡Saldré al "ring"! ¡Y haré todo lo humanamente posible por vencer!

—¡Y vencerás!... ¡Piensa en mí, y vencerás!

—¿En ti?

—¿No soy... tu hermana?

—No, Doris; lo eras hasta ahora... Pero en este momento acabo de descubrir la verdad... Me lo ha dicho el tono de tu voz; tu emoción... Me quieres, ¿no es cierto, Doris?... ¡Me quieres... como yo a ti! ¡Qué ciego he estado al no leerlo en tu alma ni en la mía!... ¡Este sí que es el verdadero amor, Doris... no el de "ella"! ¡

Unieron sus labios. Y aún no los habían separado, cuando llamaron a la puerta.

Eran Zelly i Paula. En pocas palabras, pero

muy expresivas, eso sí, Bobby les hizo saber que no podían contar con su complicidad. A lo que Zelli respondió con acento amenazador:

—¡Usted olvida, amigo, que tiene un cheque mío de cien mil dólares! ¡Conmigo no se juega! ¡O cumple usted lo tratado, o sabrá quien soy yo!

* * *

Entretanto, sobre el "ring", luchaban Bobby y Mac Cabe. Era éste más fuerte y más pesado que el muchacho, y en varias ocasiones lanzó a Murray a las cuerdas. Su puño era terrible. Y, por otra parte, las locuras de la noche anterior habían debilitado una de las características de Bobby: su juego de piernas.

Llegó un momento en que la situación se hizo extremadamente crítica para el hijo de Tom. Era, precisamente, en el momento en que el viejo Murray dejaba sin sentido en el suelo a Zelli y corría hacia el "ring", para ver por sus propios ojos si su hijo era o no era un traidor.

Le bastó una ojeada para convencerse de que no lo era. Bobby luchaba con toda su buena fe, y si su adversario le acorralaba muy a menudo, era debido solamente a la debilidad que ya hemos indicado.

Pero allí estaba Toim: su padre, su "manager", su *animador*. A codazos se abrió paso hasta colocarse al lado del ring, y ya allí, en un descanso, se acercó al oído de Bobby y le dijo, sacudiéndole con energía:

—¡Vencerás aún, muchacho, vencerás! Cuando le pegues a Mac Cabe, piensa que le pegas a Zelli... ¡Y ya verás como la victoria es tuya!

Y así fué. Bobby atacó como un ciclón, ganó terreno, acorraló a su contrincante. Una fuerza nueva había nacido en él. Se sentía alentado por la confianza de su padre, que ya no le creía un traidor, que volvía a tener fe en él...

Venció. Y al salir del "ring", entre las aclamaciones del público, ebrio de entusiasmo, vió a Doris, que le esperaba. Aquel era su amor, su amor verdadero. Sólo al lado de aquella mujercita frágil y dulce podía estar la felicidad.

Tom los vió y se volvió hacia Durham, que se había reunido con él.

—Pasará esta noche, Syd; pero ellos no la olvidarán. Ni nosotros tampoco.

FIN

Colección usted las célebres

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Títulos de la supremacía)

El General Crack

John Barrymore

El Rey Vagabundo

Jeannete Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

El Zeppelin Perdido

Conway Tearle

Las Luces de la Ciudad

CHARLOT

96 páginas de texto selecto

Portada a todo color

Precio del tomo **UNA peseta**

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
pago del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis